

Manifestaciones culturales mestizas

ALFREDO DELGADO CALDERÓN



Comparsa de jarochas en el carnaval.

ALFREDO DELGADO CALDERÓN

Antropólogo social y arqueólogo por la Universidad Veracruzana, con estudios de maestría y doctorado en historia en el Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos. Ha sido promotor cultural e investigador de la Dirección General de Culturas Populares. Autor de *Recetario indígena del sur de Veracruz* (Conaculta, 2003), *Historia, cultura e identidad en el Sotavento* (Conaculta, 2004), y *Aca'yucan, cuna de la Revolución* (Publicom, 2006). Es además coautor de *Las investigaciones arqueológicas en el cerro sagrado Manatí* (INAH, UV, 1997) y *Recetario Sotaventino del plátano macho* (Conaculta, 2004). Actualmente es investigador del Centro Regional Veracruz del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH).

VERACRUZ ES UNO DE LOS ESTADOS de la República que cuenta con mayor diversidad étnica. A los grupos indígenas que al momento de la conquista española ya se asentaban en el hoy estado de Veracruz, habría que sumar los que por diversas causas debieron migrar y asentarse en su territorio. Así, a los nahuas, huastecos, totonacos, tepehuas, otomíes, popolucas y zapotecos —que son los grupos asentados originalmente en Veracruz—, habría que agregar los zapotecos del Istmo; los huaves y mixes que migraron para trabajar en la industria petrolera; los mazatecos, chinantecos y mixtecos, cuyos pueblos se reacomodaron en tierras veracruzanas por las grandes obras hidráulicas del alto Papaloapan; los zoques desplazados por la erupción del volcán Chichonal y, recientemente, los pueblos tzeltales desalojados por los conflictos religiosos en Chiapas.

Esta diversidad étnica se concentra sobre todo en el norte y sur de Veracruz, mientras que en el centro la población es mayoritariamente mestiza, pues en esa zona sólo están asentados los grupos nahuas y totonacos. Históricamente, tanto el centro como el sur del estado tuvieron una importante población afromestiza. Su amplia costa, su fertilidad legendaria y su posición estratégica convirtieron a Veracruz en un lugar de paso y asentamiento de diversos grupos procedentes de otros estados del país y de varias minorías nacionales. De estas últimas, sobresalen los chinos, japoneses, franceses, italianos, libaneses, judíos, ingleses, alemanes y norteamericanos.

Esta variedad de naciones se manifiesta en la diversidad cultural del estado, de manera que es difícil definir qué se entiende por cultura veracruzana o qué identifica y distingue al estado de Veracruz en términos culturales. A grandes

rasgos, el norte, centro y sur de Veracruz se definen arqueológica, histórica y etnográficamente como regiones donde prevalecieron tres grandes culturas ancestrales: huastecos, totonacos y olmecas, respectivamente, aunque ésta última es más que nada una cultura arqueológica.

Sin embargo, es evidente que esta división tripartita del estado corresponde con tres regiones históricas y culturales con un perfil propio. En términos generales, a la Huasteca corresponde un género musical que implica todo un sistema cultural donde confluyen elementos indígenas y mestizos. El son huasteco o huapango, con su sistema de fiestas, sus creencias, gastronomía y demás rasgos asociados, es un elemento de identidad que Veracruz comparte con los estados vecinos de la zona norte.

Al sur del estado igualmente corresponde otro género musical propio, resultado del mestizaje de indios, negros y españoles: el son jarocho. Este género tradicional es compartido por Veracruz con los estados vecinos del sur e implica igualmente todo un sistema cultural que identifica a la región.

En el centro del estado también tiene presencia el son jarocho, pero la región es culturalmente más compleja, pues en ella confluyen diversas identidades y sistemas culturales. Hasta antes del establecimiento del tráfico aéreo, el puerto de Veracruz era la principal puerta de entrada al país de mercaderías, gente, ideas, modas y novedades de Europa y diversas partes del mundo. Por ello el centro del estado es al mismo tiempo más caribeño y más cosmopolita, más industrial y más marítimo, más mestizo y más urbano, y por la tanto más difícil de definir. Culturalmente acaso lo más identificable con esta región sean el danzón y el carnaval,



Foto 1. Tocado típico de la mujer jarocho.

aunque ambos se encuentren presentes también en el resto del estado.

SOTAVENTO Y BARLOVENTO

Los veracruzanos son identificados por el estereotipo que de ellos han difundido las películas y los ballets folclóricos: traje blanco vaporoso con mandil negro bordado y abanico, las mujeres; pantalón, guayabera y botines blancos, con sombrero de cuatro pedradas y pañuelo rojo anudado al cuello, los hombres. Esos trajes pretenden representar al jarocho “típico”. Pero el traje del “jarocho” es un invento que corresponde a los años de la presidencia del licenciado Miguel Alemán, que poco tiene que ver con la vida cotidiana y con los veracruzanos en general. El problema es que ni todos los veracruzanos son jarochos, ni todos los jarochos son veracruzanos. Jarocho es un gentilicio que corresponde a una región cultural que es el Sotavento. García de León (1992) delimita al Sotavento histórico a partir de Antón Lizardo, inmediatamente al sur del puerto de Veracruz, cuyos límites se extienden hasta la zona de Huimanguillo, Tabasco, por el sureste, y abarca también parte de Oaxaca, en lo que hoy es el distrito de Tuxtepec, incluyendo San Felipe Usila, San Pedro Ixcatlán y San Lucas Ojiltlán. De manera que toda la cuenca del Papaloapan y el sur de Veracruz quedan comprendidos en el Sotavento histórico.



Foto 2. Comparsa de carnaval desfilando por el Malecón.

En sentido estricto jarochos eran, en tiempos coloniales, los hijos de negro e indígena, y el término se aplicaba a los mulatos, pardos, mestizos y rancheros que vivían en el campo o que trabajaban en la arriería o de lanceros en las milicias. Se les llamaba jarochos por usar diestramente la jara, jabalina o lanza, aunque también por vivir en jaros o matas (isletas que sobresalen de los llanos durante las inundaciones periódicas). Por su parte, Aguirre Beltrán (1946) afirma que jarocho deriva del epíteto jaro, que en la España musulmana significaba cerdo montés. Jarocho era inicialmente un término despectivo para referirse a la gente de campo, a los mestizos del Sotavento, aunque en la actualidad es un término que designa en general a los habitantes del estado de Veracruz, que orgullosamente se asumen como jarochos (Biar, 1962; Winfield, 1971; Delgado, 2004).

La contraparte del Sotavento es el Barlovento. Ambos son términos marineros y militares que designan en una nave el lado desde donde sopla el viento y su parte contraria. En sentido figurado, el puerto de Veracruz era tomado como una gran nave anclada en la costa del Golfo, donde la región norte era el Barlovento, por provenir de ese punto cardinal los vientos dominantes, mientras que el sur era el Sotavento, la parte contraria a donde el viento sopla. El Barlovento colonial iniciaba en La Antigua y abarcaba parte del centro y todo el norte del estado de Veracruz y parte de Tamaulipas. Pero,

contrario a lo que sucedió con el Sotavento, el Barlovento no se constituyó en una región cultural. En cambio, arraigó otra designación, la Huasteca, para designar casi al mismo espacio. En lugar de reconocer sus límites en La Antigua, hasta donde llegaba el Barlovento, la Huasteca se delimita al sur por el río Nautla y abarca todo el norte de Veracruz y parte de los estados de Puebla, Hidalgo, Querétaro, San Luis Potosí y Tamaulipas. De manera que no son tres Huastecas, como en general se cree, sino seis.

Aunque el término Huasteca remite a un grupo étnico y a una lengua, la región es multiétnica y pluricultural, con límites geográficos imprecisos y fluctuantes. Algunos investigadores consideran que la Huasteca llega hasta donde llegan dos de sus elementos distintivos: el huapango y el zacahuil. En el mismo sentido podríamos decir que el Sotavento llega hasta donde llegan el popo y el son jarocho.

EL CARNAVAL

El carnaval de Veracruz junto al de Mazatlán son los más conocidos a nivel nacional. Estas fiestas hunden sus raíces en las saturnales y bacanales romanas; al predominar el cristianismo en la antigua Roma se limitó su carácter orgiástico y se enmarcaron entre dos fechas significativas para la religión cristiana, ya que los carnavales iniciaban entonces el día de Reyes y culminaban la noche anterior al Miércoles de Ceniza. Estas festividades alcanzaron su máximo esplendor durante el Renacimiento, al ser establecidas por el papa Pablo II como obligatorias. A México fueron introducidas a mediados del siglo XVI, cuando fray Juan de Alameda buscó sustituir en Huejotzingo, Puebla, la antigua celebración de la fertilidad por las fiestas carnestolendas, que se celebraban más o menos por las mismas fechas. El carnaval arraigó en el México colonial, especialmente en la capital de la Nueva España. Las fiestas eran mascaradas en las cuales hombres y mujeres salían disfrazados o portando antifaces, algunos montando caballos o en carros alegóricos. Ya desde entonces se quebraban en la cabeza de los descuidados bolas huecas de barro o cascarones de huevo rellenos de ceniza, harina o pétalos de flores. Los bailes se hacían en las calles, vistiendo a veces los hombres atuendos femeninos y las mujeres trajes masculinos. Debido a los excesos y a las críticas y parodias que hacían de las autoridades cívicas y religiosas, las fiestas carnestolendas fueron reglamentadas, pero los reglamentos difícilmente se aplicaron.

Desde mediados del siglo XIX el carnaval de Veracruz fue creciendo en importancia. Al igual que en otros carnavales de la época, se aprovechaban las disfraces y el anonimato de la multitud para hacer burla de las autoridades y otros excesos. La fiesta de carnaval ya estaba bien establecida en el puerto jarocho en 1866, durante el imperio de Maximiliano. Entonces no había desfiles, y las comparsas bailaban en salones, pero se aprovechaba cuando en grupos o en carruajes se dirigían a los salones para hacer bulla. La gente se disfrazaba de animales, moros, romanos, príncipes, princesas, curas, monjas, diablos y personajes del momento, aunque muchos llevaban un simple antifaz (Silva, 1973).

La Revolución mexicana significó un paréntesis en las festividades carnestolendas. Es hasta principios de la década de 1920 que se retoman las fiestas de carnaval. Entre los primeros carnavales en celebrarse hacia esas fechas están los del puerto de Veracruz, Coatzacoalcos y Minatitlán. Desde entonces dos elementos significativos están presentes en el carnaval de Veracruz: las comparsas de La Huaca y el danzón. La Huaca fue originalmente un barrio marginal fuera de las murallas del puerto. Estuvo poblado por negros y mulatos, marinos y estibadores, indios huidos de sus comunidades y gente considerada indeseable por la alta sociedad de la época. Por su alegría, creatividad y bullicio, las comparsas de La Huaca se han ganado un lugar especial en el carnaval.

Los carnavales contemporáneos inician un sábado con la coronación del Rey Feo o Rey de la Alegría, y terminan con el entierro del Mal Humor un martes por la noche, antes de Cuaresma. Ese día se conoce como Martes de Carnaval y normalmente precede al Miércoles de Ceniza. Para determinar cuándo corresponde el inicio de carnaval se cuentan las tres primeras lunas llenas siguientes al 24 de diciembre, luego se restan cuarenta días, obteniéndose así la primera cuaresma. Las fiestas y desfiles de carros alegóricos y comparsas previos al carnaval son llamados *papaquis*, palabra que proviene de *papaquilitli*, que en el idioma nahua significa gozo y alegría. En cada carnaval se premia al mejor carro alegórico, a la mejor comparsa y al mejor disfraz. Aunque hay carnavales en casi todas las principales ciudades del estado, en el puerto de Veracruz el carnaval implica una compleja trama de identidades, convivencia, competencia e intereses que rebasa el ámbito de lo estrictamente festivo. Durante la mayor parte del año las comparsas de los barrios, escuelas y universidades se apropian de los espacios públicos para ensayar, y las empresas, casas comerciales y

corporaciones contratan a los mejores diseñadores de carros alegóricos. No obstante, el aspecto comercial sobresale cada vez más sobre lo cultural y festivo. Las principales firmas refresqueras y cerveceras se disputan la exclusividad de las ventas durante las fiestas carnestolendas. Otras cosas han cambiado también. Ya no es tan frecuente que las familias se disfracen para ir al carnaval; los patios populares, que hicieron historia durante la huelga inquilinaria encabezada por Herón Proal, casi se han desvanecido y con ellos se van perdiendo los bailes danzoneros que brillaron durante muchos memorables carnavales.

El carnaval de Veracruz es tan importante que opaca a los carnavales de las otras ciudades del estado. Para evitar competir con él, es frecuente que varias ciudades celebren su propio carnaval después del de Veracruz, ya en plena Cuaresma o pasando Semana Santa. Carnavales importantes en el estado son los de Poza Rica, Ixtaczoquitlán, Huiloapan, Tlacotalpan, Tamiahua, Huatusco, Coatzacoalcos, Minatitlán y Acayucan. Mención aparte merece el llamado carnaval de Yanga. Aunque tiene todos los elementos del carnaval y es conocido como tal, pues salen comparsas y carros alegóricos, la gente se disfraza y hay mascaradas, música y bailes, en realidad es una fiesta en honor a San Lorenzo, el santo patrono que se festeja durante el mes de agosto. Este carnaval de Yanga, junto con el de Coyolillo, tienen un fuerte componente afroamericano, ya que por su historia, o por sus usos y costumbres, dan un lugar predominante a *la negra*, una especie de comparsa de negros reales o disfrazados.

SEMANA SANTA

La celebración de la Semana Mayor tiene mucho más peso en el centro del estado, especialmente en los municipios aledaños a Xalapa. La solemnidad de la fecha impone una rigurosa seriedad, una conmemoración austera y una religiosidad que afloran en las representaciones de la Pasión de Cristo. Al igual que en otros lugares de la República, las cruces elaboradas de palma y benditas durante el Domingo de Ramos son usadas para ponerlas en las puertas con el fin de proteger la casa de las acechanzas del demonio, o bien se guardan para ponerlas en el pecho de los difuntos para que puedan partir protegidos al más allá. Los días de Semana Santa eran días de guardar: no se comía carne, no había fiestas, no se trabajaba, e incluso había comunidades donde previamente se hacía la comida para toda la semana. Sin embargo, en algunos lugares, junto

a la estricta religiosidad se expresan también aspectos paganos y mágicos.

En Cuitlahuac, municipio de los alrededores de Córdoba, tanto el Domingo de Ramos como el Jueves Santo sale una comparsa numerosa de “judas” disfrazados de judíos, reyes o diablos. Esos días hacen el corte de la “rama tinaja”, follaje que sirve para darle forma a la celda en que se encierra a Jesús cuando es entregado a Judas en las representaciones de la Pasión. Unos 50 o 60 niños son “castigados” y llevados por la fuerza al monte a cortar la “rama tinaja”. El Sábado de Gloria se queman en la plaza frente a la iglesia los judas de cartón y los toritos, mientras los judíos corren de un lado a otro desafiando a los cohetes, buscapiés y demás juegos pirotécnicos. Luego los judas se quitan la máscara frente al altar. Aunque esta ceremonia se presta para el juego y el relajamiento, es profundamente mística, pues cada uno de los judas o diablos tiene forzosamente que disfrazarse durante siete años consecutivos.

En Santiago Tuxtla se da una ceremonia similar. En Semana Santa suben numerosas personas en peregrinaje al volcán San Martín Tuxtla, a veces acompañados por jaraneros, para cortar las ramas de arrayán, que sirven también para hacer la celda en que mantendrán a Cristo prisionero. Pero en este caso el arrayán es guardado una vez que pasa la Semana Mayor y se usa para quemar durante las tormentas como una forma de conjurar el peligro de los rayos.

En Coacotla, pueblo del municipio de Cosoleacaque, en el sur de Veracruz, el miércoles de Semana Santa Jesucristo es acompañado en su prisión por un niño que toca un tamborcillo hecho con un tronco hueco y cuero crudo. El jueves se hace la convocatoria para que salgan los judíos y arrieros. De hecho, desde varios viernes anteriores, pero sobre todo el Viernes Santo, salen los judíos o “arrieritos”, niños y jóvenes disfrazados de tigres, toros, venados, changos, coyotes, conejos, hombres vestidos de mujer, otros vestidos de centuriones romanos y el rey de los animales, que es quien lleva la voz de mando. Se acompañan con tambores y jaranas, llevan reatas de lazar y realizan bailes y juegos recorriendo las calles del pueblo. Su intención es imitar a los judíos, quienes “mataron a Cristo”.

El Viernes Santo la iglesia se adorna con flores, palmas y hojas de plátano. Además se ponen elotes, plátanos y otros frutos para propiciar las cosechas. Luego de la procesión el

centurión corta tres flores rojas en la puerta de la iglesia, las cuales se considera que tienen un gran poder. Se hacen pedacitos y se reparten entre los “judíos” para que las coman y limpien sus pecados.

PENSAMIENTO MÁGICO

Esa mentalidad mágica permea la vida de muchos pueblos veracruzanos. En el centro y sur del estado tiene una gran importancia el primer viernes de marzo. Esa fecha se considera especial, e impregna con su poder cada rito que se celebre ese día u objeto que ese día se consagre. Los curanderos indígenas y mestizos se preparan con varias semanas de antelación para salir la noche de la víspera a coleccionar las hierbas que usarán durante todo el año en la elaboración de sus pocimas y medicinas. Esa misma noche otros celebran ceremonias mágicas para retirar hechizos, hacer “limpias”, curar enfermedades provocadas por envidia o por otros brujos y para consagrar amuletos. Incluso, en algunas comunidades, ese día se toma como augurio el comportamiento de algunos animales o acontecimientos inesperados (Kelly, 1956). En los mercados urbanos el primer viernes de marzo se compran hierbas medicinales o plantas que se usarán de ornato en el jardín o en la casa.

El primer viernes de marzo es una fecha mágica, se abren los lugares encantados y salen los espíritus sobrenaturales a la superficie terrestre. Otra fecha similar es el 24 de junio, el día de San Juan. Pero ese día sólo se abren los “encantos”. Casi cada comunidad cuenta historias, con algunas variantes, sobre personas que la noche de un 24 de junio se perdieron al encontrar en su camino un caserío o una feria no conocida. Se supone que al detenerse a curiosear durante lo que consideraron unos cuantos minutos, en realidad se perdieron por varios años.

La creencia en ciertos entes sobrenaturales es común en todo el estado. Por influencia del Altiplano es frecuente la creencia en la Llorona y en los nagueles, pero hay otras creencias muy propias de los veracruzanos. En el centro y sur de Veracruz la creencia en los chaneques es omnipresente; en los Tuxtlas es común creer en el yobaltaba, mientras que en el norte predomina la creencia en las tepas. Aunque la cosmovisión que sustenta estas creencias es indígena, están presentes en cada comunidad mestiza y campesina.

Se cree que los chaneques (*pajaicá* en popoluca) son espíritus de la naturaleza que viven en el inframundo y que castigan



Foto 3. Carros alegóricos en el carnaval de Veracruz.

a los que talan inmoderadamente los bosques, a quienes pescan en exceso o a los cazadores que dejan a sus presas mal heridas. Aunque entre nahuas y popolucas las creencias en torno a los chaneques son muy elaboradas y forman todo un complejo cultural, entre los mestizos los chaneques son una especie de duendes que suelen gastar bromas pesadas a la gente, perder a los niños en el bosque, enamorar a las doncellas, castigar a los trasnochadores e incluso ayudar a quienes les caen bien. Normalmente se les concibe como enanos morenos y de pelo crespo, aunque algunos los ven vestidos con taparrabos y otros con trajes de charro. Hay ciertos lugares que prefieren los chaneques para vivir, como las cuevas, los árboles frondosos, los manantiales, los antiguos hornos de panadería y las casas abandonadas.

El yobaltaba tuxteco es más indefinible, pues es al mismo tiempo una especie de chaneque, un mal aire, una sombra, un espíritu maligno o un ente siniestro que se aparece en las noches como niños desnudos, como un charro o catrín e incluso como un gigante. En los pueblos indígenas y mestizos de la Huasteca es más común la creencia en las tepas, entes mágicos con forma de mujer, de pelo largo y rostro deforme, que portan vestidos blancos y ligeros, que se aparecen al

medio día en los arroyos, manantiales, cruces de caminos y en los montes. Pueden provocar dolores de cabeza, mareos y vómito que sólo los médicos tradicionales pueden curar. Por lo general, a las tepas no se les ve el rostro, pero quien logra hacerlo enferma gravemente y muere poco después. Al igual que los chaneques, las tepas también pierden a los niños en el monte y les roban el espíritu. También hay tepas buenas, que ayudan discretamente a las mujeres en el trabajo doméstico. La creencia en estas mujeres blancas es muy similar a la de las mujeres *macti* entre los popolucas y a la *xtabay* entre los mayas (Espejo, *et al.* 1994; Báez-Jorge, 1992).

Pero el espacio mágico por excelencia de la cultura mestiza veracruzana es la región de los Tuxtlas. Brujos y curanderos saturan las ciudades de Catemaco y San Andrés Tuxtla atrayendo a multitud de turistas con la promesa de retirar “salaciones”, regresar amores perdidos, curar enfermedades crónicas y dispensar buena fortuna. El cerro Mono Blanco, la cueva del Diablo y la Laguna Encantada son los lugares donde más se celebran rituales para lograr estos fines. De hecho el Mono Blanco es el principal espíritu que ayuda a los brujos, aunque se cree que ya no está en Catemaco, pues algunos dicen que se mudó al Cerro Pelón, frente a Pajapan, o que se fue a Juchitán. Su contraparte, el Mono Negro, ayuda en los trabajos de magia para perjudicar a la gente. El Mono Blanco a veces se confunde con Adonai, o el diablo, y las creencias y rituales de la zona están muy influenciados por los antiguos libros medievales de magia, como “El libro de San Cipriano”, “Las Clavículas del Rey Salomón”, o “El libro supremo de todas las magias”.

Los especialistas mágicos se inician u obtienen sus poderes en ceremonias realizadas un primer viernes de marzo. Para ello tienen que pasar una serie de pruebas en una oscura cueva, como enfrentarse a un toro o a un tigre mágicos y ser tragados y evacuados por una serpiente gigante.

Un tipo particular de especialistas mágicos son los culebreros, que se encuentran en la región del Sotavento. Aunque hay culebreros indígenas y mestizos, se trata de dos complejos de creencias y prácticas paralelos, uno que hunde sus raíces en el México antiguo, y el otro, con fuertes reminiscencias medievales y afromestizas. Entre los indígenas es una práctica exclusiva de los hombres, mientras que entre los mestizos hay también mujeres culebreras. Los culebreros mestizos se encuentran sobre todo en los llanos de Nopalapan, San Juan Evangelista y Playa Vicente. Para inmunizarlos a las mordeduras de las serpientes, durante siete viernes ante-

riores al primer viernes de marzo el maestro somete a los aprendices a una especie de acupuntura, punzando con un colmillo de víbora sorda o nauyaca ciertas partes del cuerpo, para hacer un total de 144 punciones en cada sesión. Esta acción se conoce como “rayado”. Estos especialistas “curan” los potreros cuando alguna víbora se ensaña especialmente con el ganado, hacen pócimas para curar la mordedura de las serpientes y preparan el llamado “vino de culebra”, para proteger a la gente. Los culebreros de los llanos suelen llamar a las víboras con una pequeña flauta hecha de un carrizo fino conocido como jimba a la que denominan gamito de llamar (Kelly, 1956; Leyton, 2001; Delgado, 2004).

Derivado del “rayado” de los culebreros afromestizos, hay una especie de tatuajes que se realizan entre los pliegues de los dedos pulgar e índice. Son tres puntos en forma de triángulo hechos con un colmillo de culebra y olicornio la madrugada del primer viernes de marzo. Entre los campesinos de las comunidades y rancherías de los llanos de Acayucan es frecuente ver esos tres puntos tatuados. Lo mismo hemos encontrado en la zona de Tlalixcoyan. Esos tres puntos se los tatúan hombres y mujeres y presuntamente constituyen una protección mágica. Cuando un enemigo, una amante despechada, un pretendiente rechazado o un malqueriente quieren hacer algún hechizo o embrujo, la presencia del olicornio impide que haga efecto. Generalmente a este tatuaje se le conoce como “el paso de Salomón”. El olicornio se prepara con el polvo del cuerno de venado quemado o raspado, y aunque es ampliamente usado entre los pueblos mestizos del Sotavento, es casi desconocido en los pueblos indígenas (Leyton, 2001; Delgado, 2004).

El olicornio se conoció ampliamente en la Europa medieval, y presuntamente se elaboraba con el cuerno de unicornio. Sin embargo en el sur de Veracruz los mestizos se lo apropiaron y resignificaron, al grado de ser casi un elemento distintivo de este grupo. Durante la época colonial muchos de los mulatos milicianos hicieron uso de él, como se consigna en varios expedientes de Inquisición.

Uno de los elementos culturales que más identifica a Veracruz son las famosas “ramas” decembrinas. Estas consisten en una rama de yuale, paraíso u algún otro árbol nativo, las cuales se adornan con globos inflados, naranjas matecas ahuecadas a las que se les enciende una pequeña vela adentro, serpentinatas, farolitos de papel y paxtle. Esta rama sale acompañada por un grupo numeroso de hombres mujeres, niños, así como

por jaraneros. La “rama” también se conoce como Pascuas y salen entre el 16 y el 24 de diciembre. En algunos lugares, en vez de la rama sacan “la casita” o el “portalito. En cualquiera de esos casos los cantos son los mismos. Las ramas o portallitos salen por la noche y se llevan de casa en casa cantando versos hexasílabos para dar la buena nueva del nacimiento del Niño Dios y para pedir aguinaldo. Esos cantos se conocen como pascuas o como las “naranjas y limas”.

Al final de las pascuas en algunos lugares se declaman las “justicias”, que son décimas espinelas que normalmente hacen referencia al nacimiento de Jesús e incluso a la Pasión de Cristo, aunque también hay “justicias” chuscas. Cuando la “rama” es bien recibida en una casa, en algunos lugares acostumbran una “fuga”, que no es otra cosa que la interpretación de un son jarocho como despedida. Cada región del Sotavento tiene su estilo particular de interpretar las pascuas, e inclusive no en todas partes se saca la rama en las mismas fechas, pues hay lugares donde sale después de Navidad y termina hasta el día de Reyes. Como quiera que sea, esta costumbre, típica del Sotavento, se ha extendido a casi todo el estado de Veracruz en las últimas décadas y es compartida con algunas localidades del estado de Oaxaca.

Otro elemento muy propio del centro y sur de Veracruz es la “quema del viejo”, que tiene lugar el último día del año. Los “viejos” son muñecos del tamaño de una persona que llevan una máscara de anciano, hechos con ropas viejas rellenas de aserrín y cohetes, que se queman a la medianoche del 31 de diciembre, entre la algarabía de los asistentes. Cada año, después de Navidad o incluso antes, miles de estos muñecos son exhibidos al frente de las casas y negocios, frecuentemente con botellas de licor o cerveza en la mano y con sus “testamentos” pegados al pecho, para finalmente ser quemados minutos antes de recibir el Año Nuevo.

La “quema del viejo” frecuentemente es acompañada por una farsa teatral, en la que participan niños y adultos, cuyos personajes principales, además del Año Viejo, el Año Nuevo y la Viuda, son el Cura, el Diablo, el Doctor y otros más. Es frecuente la lectura del “testamento” del viejo o el canto de estrofas que satirizan o hacen burla de personas conocidas, de políticos, de la situación social y de temas de interés general. En la farsa el viejo puede ser un muñeco o una persona disfrazada, mientras que el Año Nuevo puede ser personificado por un niño. El viejo es paseado por los bares, tiendas y casas particulares, ya sea presentando la

farsa teatral o cantando al ritmo de rumba o con jaraneros la canción del viejo, cuyo verso más conocido es: “Una limosna/ para este pobre viejo/ una limosna/ para este pobre viejo/ que ha dejado hijos/ que ha dejado hijos/ para el año nuevo”. A cambio los participantes piden dinero o bebidas.

En el México prehispánico se acostumbraba quemar la escultura del dios viejo del fuego al terminar el año mesoamericano, pero también entre los celtas había una costumbre similar, y en algunos pueblos de Sudamérica y el Caribe también se queman “mojigangas” o muñecos al finalizar el año. Para el cronista Antonio Salazar Páez la tradición del Año Viejo, tal y como la conocemos hoy, inició en 1875 en el puerto de Veracruz y fue tomada de los aguinaldos de Cuba con carácter de protesta social. Según su versión, dicha costumbre fue iniciada por un grupo de estibadores y mulatos dirigidos por M. A. Brovil, quienes recorrían los patios golpeando latas y cencerros, pidiendo aguinaldo a sus patrones. Quienes acompañaban al “viejo” recibían botellas de licor, alimentos o ropa vieja (sobre todo chalecos y bombines) que lucían en las fiestas organizadas en los patios de vecindad del puerto; rara vez recibían dinero.

Cualquiera que haya sido su origen, lo cierto es que la “quema del viejo” es hoy uno de los rasgos de identidad más fuertes del Veracruz mestizo. En Oteapan son famosos los concursos de “pobre viejo” que celebran con motivo del fin de año, participando comparsas que con sentido crítico satirizan a personajes de la política local, regional y nacional. En algunos lugares inclusive el “viejo” tiene nombres concretos, pues en Oluta y Acayucan se le conoce como Juan Chenu o como Sancuchi, y en los Tuxtlas se le llama Chalom.

AROMAS Y SABORES

Hay otros elementos de la cultura regional que podríamos denominar afrocaribeños, sin profundizar de momento sobre su origen. El mogo mogo, y sus diferentes variantes, está ampliamente difundido entre indígenas y mestizos del sur de Veracruz. Este platillo se prepara básicamente con plátano y se le agregan piloncillo, mosmocho, queso, y una variedad de elementos que dependen de cada región. Hay también un uso intensivo de tubérculos, como la yuca, el chayotestle, el ñame, el macal, el apixi, la batata silvestre, la malanga, el barbasco, el sagú, el camote y muchos más.

Cada región veracruzana tiene sus gustos particulares. Papantla, y en general el Totonacapan, serían inconcebibles

sin los bocoles, chancacudas y huatape; Xalapa, sin sus guisados de flores de izote; los Tuxtlas, sin sus tetamales de anís, su tenesnelo y sus frijoles con chocholos; Catemaco, sin sus tapetes de topote y su mojarra en tachogobi; Tamiahua, sin sus chichimbres; Hueyapan y Chacalapa, sin su té con té; la Huasteca, sin el zacahuil y el Sotavento, sin el popo. La variedad de tamales en todo el estado es muy amplia: bollitos, púlacles, chanchamitos, mimilos, morados, pintos, de cazuela, de coco, de capita, de ceniza, de chipile, de masa, de frijol, de cuitlacoche, de tres picos, de saragalla, de yuca, de tizmiche, de minilla y un largo etcétera.

Otras comidas y bebidas han trascendido el nivel regional y representan al estado. Es el caso del robalo a la veracruzana, los mayacastes o acamayás al mojo de ajo, los volovanes de jaiba, piña o queso y los toritos de cacahuete, limón, jobo o pomela.

OTRAS EXPRESIONES CULTURALES

Las danzas de negros, moros, pastores, arrieros y de conquista son comunes en todo el estado y en cada caso hay mitos y leyendas que las legitiman. En el norte es característica “la viejada”, conjunto de disfrazados que recorren las calles bailando y haciendo desfiguros durante la celebración de Xantolo, la fiesta de muertos o Todos Santos. Esta viejada es acompañada por los instrumentos del son huasteco y solía tener sus propios sones, aunque cada vez es más frecuente que se incluyan melodías de moda. Otra expresión de danza multitudinaria se da en los Tuxtlas, con la llamada “danza de los líceres”, donde cientos de jóvenes salen disfrazados de tigres o de otros personajes durante las fiestas patronales de Santiago Tuxtla.

Una costumbre muy particular de ciudades como Poza Rica, Naranjos y otras del norte del estado es la del Niño Perdido, que consiste en colocar una serie de velas encendidas en la calle el 7 de diciembre. Este hecho rememora un pasaje bíblico en que el niño Jesús se le perdió a su madre, quien finalmente lo encontró en el templo. Aunque este día se rememora un hecho bíblico, también se hace para dar luz a los niños perdidos efectivamente, para que puedan regresar con su familia.

Del norte del estado también son características las charangas, estructuras de pesca que sólo se dan en Tamiahua y alrededores. Consisten en un embudo de varas y palma colocado en la orilla del mar, con la parte ancha dando hacia el mar abierto. En la parte angosta sólo cabe un cayuco. Por la noche se coloca en el cayuco un candil o una lámpara para

atraer las manchas de camarón. De esa manera se captura el camarón con una pequeña red colocada en el extremo de una larga vara. Son literalmente cientos de charangas colocadas a lo largo de toda la playa, y son una expresión muy particular del norte de Veracruz, pues no las encontramos en ningún otro lugar de la costa del Golfo o del Pacífico.

Otras artes de pesca son típicas de la cultura mestiza veracruzana. Debido a sus extensas playas, sus numerosos y caudalosos ríos y arroyos, así como a sus esteros y lagos, la pesca tradicional de Veracruz cuenta con un amplio repertorio en el que destacan los matayahuales, las atarrayas, las nasas jaiberas y camaroneras, los tendales, los espineles y una gran variedad de redes de arrastre, usadas tanto en alta mar como en las aguas interiores. A esta pesca tradicional también está asociado un pensamiento mágico que da cuenta de chaneques, sirenas, barcos fantasma, tesoros piratas y espíritus acuáticos.

Otro elemento característico de la cultura mestiza de Veracruz son las casas con techos de dos aguas elaborados con tejas rojas y con un corredor sostenido por pilares al frente. Casi todas los pueblos y ciudades con arquitectura anterior a 1940 tienen estas casas típicas. Con menos suerte han corrido las casas elaboradas con palma de yagua, propias de los campesinos de la costa, pues debido a la escasez de la materia prima y la introducción de nuevos materiales poco a poco han ido desapareciendo.



Foto 4. Delicias veracruzanas: camarones para pelar.